

El Cuerpo

Eduardo Sartelli

El cuerpo y la sangre de Cristo, según la mitología católica, se hallan presentes en la hostia, al momento de la culminación de la misa. De ese acto de teofagia brotaría una comunión particular, el hecho de tener en nuestros cuerpos, algo del Cuerpo, de ese resumen de cuerpos que resulta ser Dios. Dios, que es uno y tres, nos permite la digestión de su cuerpo humano, Cristo. Ninguna metáfora mejor para el lugar del trabajo en la sociedad capitalista.

El capital, en efecto, es nuestro dios real. Dios, el dios católico, es el capital en su expresión metafísica, ideológica y alienada. Poder por encima de los poderes, proceso que se auto-determina, el capital aparece como una potencia extraña, ajena, externa. Al mismo tiempo, el capital, como Dios, está en todas partes, o lo que es lo mismo, lo es todo. Lo que quiere decir que nos comemos a un Dios que es nosotros mismos. Nos auto-digerimos, sólo que no como acción consciente y soberana, sino como derivación de un mandato. Si Dios no es más que la contracara del ser humano alienado, el capital no es otra cosa que la contracara del proletariado. Es decir, cuando vamos al supermercado, no hacemos otra cosa que comprar nuestro propio cuerpo para comérselo. El capital está en todos lados, el capital soy yo, sólo que no puedo ejercer mi voluntad sobre mi creación, sino que ella me domina a mí. Todo es Dios, todo es Capital. El ser humano se desdobra entre los sacerdotes del Capital y los súbditos del Capital. Su cuerpo es nuestro cuerpo, igualmente escindido, como cuerpo burgués y cuerpo proletario. La historia del cuerpo humano en la sociedad capitalista es, entonces, la historia de esa división.

Cuerpo bello

“Lo que existe para mí por mediación del dinero, lo que yo puedo pagar (es decir, lo que el dinero puede comprar), eso soy yo mismo, el poseedor del dinero. Mi propio poder es tan grande como el poder del dinero. Las propiedades del dinero son las mías propias (las del poseedor) y mis propias facultades. Lo que yo soy y puedo hacer no está determinado, pues, de ninguna manera por mi individualidad. Soy feo, pero puedo comprarme la más hermosa de las mujeres. En consecuencia, no soy feo puesto que el efecto de la fealdad, su fuerza repelente, queda anulada por el dinero. Como individuo soy paralítico, pero el dinero me procura veinticuatro piernas. En consecuencia, dejo de ser paralítico. Soy detestable, deshonesto, sin escrúpulos y estúpido pero el dinero es honrado y lo mismo lo es quien lo posee. Además, el dinero me ahorra la molestia de ser deshonesto; por tanto, se supone que soy honesto. Soy estúpido, pero como el dinero es el espíritu real de todas las cosas su poseedor no puede ser estúpido. Además, puede comprar a los que tienen talento y ¿no es acaso el que tiene poder sobre los inteligentes más inteligente que ellos? Yo que puedo tener, mediante el poder del dinero, todo lo que ansía el corazón humano ¿no poseo todas las facultades humanas? ¿No transforma mi dinero, pues, todas mis incapacidades en sus opuestos?”

Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*

El poder se embellece a sí mismo. En principio, porque define todas las cosas: si las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante, la belleza no escapa a tal omnipresencia conceptual. Pero además hay una especie de selección natural que hace que los ricos sean más lindos. La “bella pobre” del tango se transforma en Margot, una margarita sembrada en campo obrero pero florecida en terreno burgués. En el ámbito del deporte, están de moda las “botineras”, como en su momento las “boxeadoras” y las “polistas”, que, extrañamente, andaban en tríos. En otros ámbitos, el financiero, por ejemplo, un individuo peor que poco agraciado puede, sin embargo, quedarse con la más bella del mundo. Con un automóvil de gran “prestación”, caro y para pocos, hasta un narigón se ve ñato, como ilustra una publicidad por estos días. Hay, no obstante, otras razones por las cuales el mundo burgués es, promedio, más estético que el mundo obrero. Una de las más importantes es la posibilidad de mejorar con dinero lo que

natura no dio. Desde el gimnasio hasta las cirugías más absurdas (estiramientos, recortes, engrosados, tensados), el dinero compra un cuerpo mejor y más atlético: un ministro enriquecido misteriosamente logró un mejor soporte para sus pantalones; una conductora televisiva tiene menos años que su propia hija; un empresario cambió, literalmente, de cara. La razón más importante es otra: la posibilidad de una vida mejor. Se duerme más, se trabaja menos. Se duerme con más comodidad, se trabaja en dar órdenes a los que trabajan. Se tiene más tiempo libre. Tiempo libre que es más libre que el de un obrero no sólo en cantidad, sino, mejor aún, en calidad. Se come. Se come siempre. Se come mejor, también: en compañía, servido, lo que se quiere, como se quiere. La comida tiene “arte”, como se dice en canal Gourmet: a orillas de un río uruguayo o en medio de la nieve patagónica, según le toque a Francis Malmann, paseando por Grecia, con Narda Lepes, o por Italia, con Donato, aprendiendo química con un catalán narigón o a media lengua, con Christophe. Hay más exquisitos todavía. Se escucha música y no cumbia; se hace danza en lugar de bailanta; se viste con elegancia trapos que no son para cualquiera. Un zapato de Ricky Sarkany, que no es “top-top” necesariamente, basta para dar de comer a una familia entera. Se puede tener hijos sin alterar una vida de soltero, porque el cuerpo del burgués se desdobra en padre y madre, por un lado, y sirvienta, por el otro. Que hasta vendrá con nombre “fashion”, porque ellos tienen “nanny”. Objetos, sobre todo, un burgués tiene objetos: iPhone, iPod, Notebook, GPS, cámara digital... El cuerpo del burgués, es el cuerpo del placer capitalista. El cuerpo del burgués es infinito. ¿Por qué elegir un invierno, si podés tener todos los inviernos?, dice la publicidad oficial de la provincia de Córdoba. El cuerpo del burgués es eterno.

Feo cuerpo

“En la manufactura y en la industria manual, el obrero se sirve de la herramienta: en la fábrica, sirve a la máquina. Allí, los movimientos del instrumento de trabajo parten de él; aquí, es él quien tiene que seguir sus movimientos. En la manufactura, los obreros son otros tantos miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica, existe por encima de ellos un mecanismo muerto, al que se les incorpora como apéndices vivos (...)

El trabajo mecánico afecta enormemente al sistema nervioso, ahoga el juego variado de los músculos y confisca toda la libre actividad física y espiritual del obrero. Hasta las medidas que tienden a facilitar el trabajo se convierten en medio de tortura, pues la máquina no libra al obrero del trabajo, sino que priva a éste de su contenido. Nota común a toda producción capitalista, considerada no sólo como proceso de trabajo, sino también como proceso de explotación de capital, es que, lejos de ser el obrero quien maneja las condiciones de trabajo, son éstas las que le manejan a él; pero esta inversión no cobra realidad técnicamente tangible hasta la era de la maquinaria.”

Karl Marx, *El Capital*

Ya Ramazzini había descubierto que la medicina para pobres, es decir, el vano intento de componer lo que la explotación descompone, requiere agregar una pregunta a la tradicional encuesta hipocrática: Ud. ¿de qué trabaja? Con esa inquietud fundó la medicina laboral. Ramazzini, médico de artesanos, de aprendices, de gente que trabaja, descubrió que el cuerpo del obrero es el cuerpo del capital. O mejor dicho, es el cuerpo sufriente del capital. El capital forja los cuerpos obreros a su medida. A la medida de sus necesidades. Los recluta expropiando sus condiciones de existencia no capitalistas. Los concentra donde hacen falta. Los moviliza todos los días. Los desplaza de una ocupación a otra, de un territorio a otro. Los localiza aquí y los realocaliza allá. Los normaliza, reloj mediante. Los automatiza, los mecaniza. Los ordena en series, los numera y los califica. Los estandariza y les pone precio: una mano vale tanto, una pierna, tanto otro.

Se puede identificar al trabajador por las marcas del trabajo: los albañiles tienen manos anchas y gordas, hinchadas; tienen las espaldas destruidas también. Una costurera tendrá escoliosis múltiple, será como un signo de interrogación, una pregunta sobre lo inútil. Los mecánicos tienen las manos negras; los oficinistas, la vista destruida, mucho dolor de cuello y mucha celulitis, igual que los obreros de la computación. Las obreras de los frigoríficos no

menstruarán; igual que los obreros de la rama, pulmones destruidos serán los suyos. Los docentes estarán locos. Saturnismo, mucho saturnismo para los que fabriquen baterías. Corazones cansados para todos. Una persistente sensación de asfixia, el temor metido en los huesos: la profesora a la que sus alumnos le incendien la cabeza, los defenderá: expulsarlos no, yo no pedí eso... Años de trabajo que se van a los caños, una vida tirada a los perros por un guacho mal educado. Si no se lo expulsa después de eso, en nombre de la miseria del “progresismo” educativo, entonces, ¿cuándo? ¿Cuál es el límite? Ni siquiera el cuerpo del docente. Esa mujer lleva la muerte en el alma. Se llama humillación. El cuerpo obrero es un cuerpo humillado. Humilde, sumiso, adopta la forma del mecanismo que le corresponde en la maquinaria social. Mutilado, un cuerpo obrero es un cuerpo mutilado. Dura poco, envejece rápido, muere antes. Un cuerpo obrero es un cuerpo sin extensiones. Un cuerpo mínimo. Un cuerpo feo.

Un solo cuerpo

La escisión entre la humanidad y su dios es la metáfora por su propia escisión, por su rotura interna. Por la polarización de las libertades en un polo y las necesidades en el otro. Esa escisión es física, material. Reproduce la Santísima Trinidad: dos cuerpos de una misma vida social. El padre, el capital, el hijo crucificado, capital variable, el espíritu santo del buen burgués. Y son uno: el trabajo humano. El único dios verdadero: la humanidad creándose a sí misma. El reencontrarse de las partes con el todo, condición elemental de la expulsión del mal, eso es la revolución social: la reconstrucción del cuerpo mutilado de la humanidad.

Publicado originalmente en *Topía*, octubre de 2008.